

En la esencia verdadera de esa general porfía, que calificar podría de cruzada perdiguera, claro está que un pensamiento común á todos envuelve, y que en buscar se resuelve plácido entretenimiento.

Tiene esta regla, no obstante, su excepción cual otras varias, pues algunos rinden parias al instinto comerciante.

Personas poco felices en su estado financiero llevan por norte el dinero al amaestrar perdices.

Y si consiguen sacar algún buen reclamo macho, explotan al más ricacho cazador de su lugar.

No es decir que se limita esta industria al vecindario; procuran, por el contrario, hacerla cosmopolita.

En cada pueblo, eso sí, consérvase la memoria de una peregrina historia, que suele narrarse así:

«Tuvo el tío Palomares pájaro tan excelente, que en un puesto solamente le tiraron veinte pares.

»Súpolo don Juan Gorgojo, persona de gran fortuna, y para pagar ninguna mejor cualesquier antojo.

»Y acabado de probar el bicho (testigo yo), al dueño por él le dió D. Juan un buen olivar.

»Item más, como regalo ó adheala (yo testigo), largó tres cargas de trigo y una de aceite al tío Palo.»

Ya se ve: con historietas de un sabor tan suculento, tienen sobrado argumento para perder las chavetas.

Ellos saben cómo y cuándo deben manejar la trama

para una envidiable fama de perdigón ir labrando:

Que no se cogen las truchas... etcétera, y el asunto exige atildado punto é incomodidades muchas.

Con grave ostentoso alarde de inteligencia y trabajo, hacen puestos á destajo por la mañana y la tarde.

Al público en pos trasmiten la nota de operaciones, salvo *leves* variaciones que en buena ley se permiten; entre las que, patarata disculpable, por supuesto, suelen referir á un puesto la caza que en diez se mata.

Y lo entienden, no lo dudo, hable en contrario quien hable, porque nada hay comparable á un puesto morrocotudo.

No es lo menos importante que el pájaro predilecto lleve algún nombre selecto, expresivo y retumbante; si bien por aqueste lado no cede en gusto ni esmero al positivo mercero el purista aficionado.

Unos y otros, eruditos se muestran en competencia, y al efecto invocan ciencia, artes, historias y mitos.

Quien, después de cien ensayos, hace á Licurgo y á Sócrates, á Temístocles é Hipócrates, de sus pájaros tocayos; cual, por visible alusión á la clásica oratoria, les llama por mayor gloria *Demóstenes, Cicerón;*

cual, *Apolo, Arión, Orfeo,* genios de armonía ricos, pues sostiene que en los picos sólo hay música ó gorjeo; cual otro que, de su tropa mal contento, los bautiza con los nombres de *Witiza,* de *Dolfos* y de *Don Oppa...*

Pero la nomenclatura más usual y corriente nace de algún accidente de lugar ó de estructura.

Zancón, verbigracia, *Enano,* *Alhambreo* y *Almendro,* motes son que en general se tienen muy á la mano.

Hay, en fin, confirmaciones, como las de *Cojo* y *Tuerto,* que acusan el desacierto de principiantes chambones.

Trascurridos ya los días de gratos preparativos y dulces aperitivos de locuaces chucherías,



El momento psicológico

cada *quisque* se da maña, bebiendo ansioso los vientos, para hallar los complementos á sus planes de campaña.

No tienen tácticas fijas: en el rico y el mediano y en el modesto artesano de su peculio son hijas.

Así, mientras el primero, y aun el segundo, con él van por brioso corcel tirados al cazadero;

ó establecen residencia en habitación campestre, donde regalada muestre su prestigio la opulencia;

el pobre arrostra fatigas cargado con el petate, aunque de ordinario mate en compensación... hormigas.

Mas, para decir verdad, como el trabajo endurece los huesos, y fortalece una docta sobriedad;

ni teme las turbonadas, ni le arredra el fuerte viento, ni los paseos sin cuento, ni las frescas alboradas.

Y el que se lanza al palenque de tales prendas armado, lleva mucho adelantado sobre el señorito enclenque.

Hasta le invade el terreno,
vigilante y sigiloso,
pues no hay fruto tan sabroso
como el del cercado ajeno.

Tal vez halla en su camino
guardas ternes y fachendas,
que empiezan por pedir prendas;
pero esto importa un comino.

Aquel que más alborota,
primero y mejor se aplaca
con cartuchos de petaca
y trabucazos de bota.

Y aquí termino el relato
concerniente al primer punto,
que, sobre extenso, barrunto
lo encuentre, el lector, ingrato.

II

El poeta y cazador traza el retrato de la perdiz
gallarda, que con raudo y veloz vuelo arranca de los
pies del cazador.

Azul, plata, azabache,
canela y grana,
en feliz armonía
su cuerpo esmaltan,
pintando un tipo
estético, *sui generis*,
característico.

Y de cuantos volátiles
surcan los vientos,
cual la perdiz ninguno
dotara el cielo
con un lenguaje
tan rico de inflexiones
y variantes.

Ya *reclamando* llama
su compañera,
y al verle, *sotto-voce*
le *cuchichea*:
su *piñoneo*
simula que le imprime
sonoros besos.

Ya, si ella se retrae,
anuncio de águila
finge, para que busque
su salvaguardia;
y si aun resiste,
él *regaña* y *ajea*,
cada cual *quisque*.

Ya, si el hombre le invade
sus territorios,
de quien siempre recela
golpe alevoso,
salta volando,
y exclama, *pillo, pilló*,
con desparpajo.

Y ya cuando, en fin, mustio
no *arrastra el ala*,
imitando al mochuelo
doliente *maulla*.
Otros cien sonos,
lector, te describiera
á no ser torpe.

También los moralistas
entre esas aves,
que indignamente olvidan
menguados vates,
hallar pudieran
dechado de virtudes
y paz doméstica.

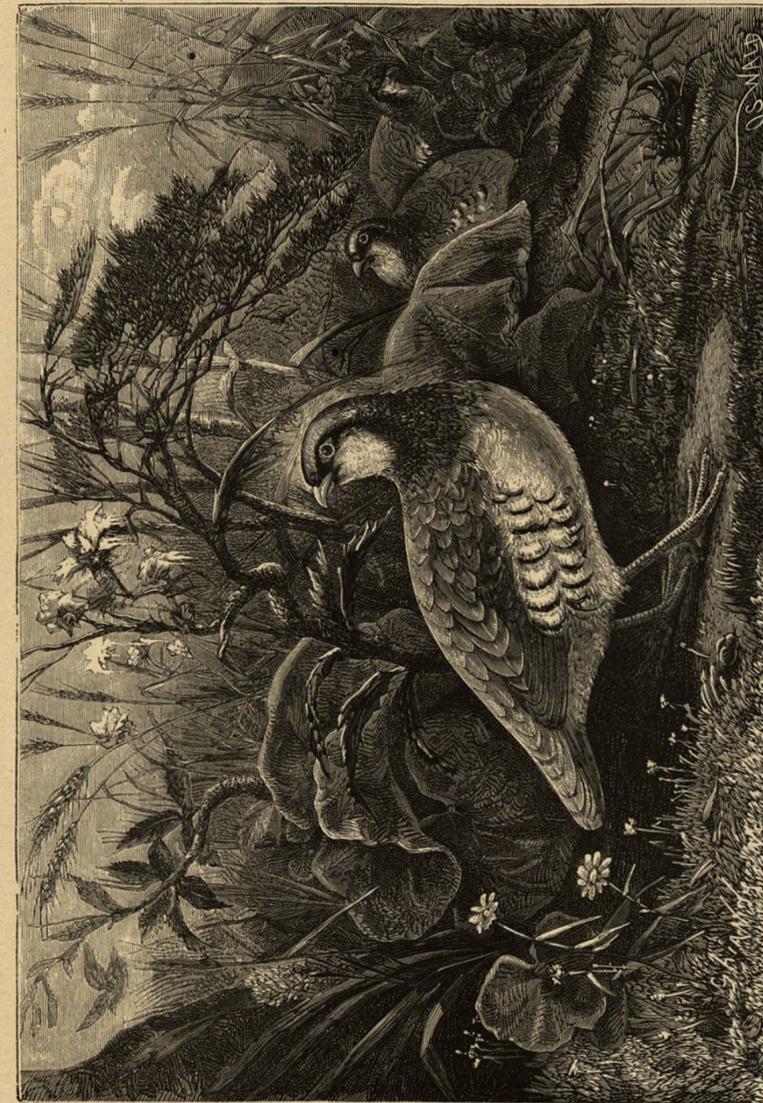
Las parejas formadas
por simpatía
descomponen el bando
de la familia;
y por diversos
caminos tienden todas
al aislamiento.

Les advierte su instinto
que la ventura
se ahuyenta con las vistas
inoportunas,
cuando ésta pende
del lazo cariñoso
que une á dos seres.

Como sus peluconas
guarda el avaro

en el rincón oscuro
más ignorado,
ellas esconden

el más rico tesoro
de sus amores.



Viven entre malezas
y pedregales,
que abrigo les procuran
y baluartes

contra la insidia
de alimañas feroces,
en perseguirlas.

Unos granos perdidos,
algún insecto
y yerba fresca, bastan
á su alimento;
siendo tan sobrias
que hasta sin agua viven
lucias y gordas.

—
Luego que la alborada
tiende risueña
leves tules, á modo
de polvareda,
ya las perdices
la luz del nuevo día
gratas bendicen.

—
A su alegre concierto
no se adelantan
las totovías mismas
tan ponderadas,
con muy notoria
razón, de vigilantes
madrugadoras.

—
Siguen á los saludos
acostumbrados,
dúos interminables
entre los machos;
mas de un carácter
que parodian reyertas
de vecindades.

—
Cada pájaro campa
por sus respetos
en la zona que estima
su propio suelo;
y no permite
que ningún otro prójimo
en ella pique.

—
Búscanse, pues, airados
para embestirse,
erizadas las moñas,
picos en ristre;
llevando á zaga
las hembras, á estos lances
jamás extrañas.

—
Es de ver una lucha
de perdigones.

¡Qué lluvia de picazos,
qué de rebotes!
¡Qué fiero empuje,
y qué de saltar plumas
hasta las nubes!

—
Al fin el menos hábil,
ó más pazguato,
la retirada emprende
á vuelo bajo;
mientras entona
sobre una piedra el héroe
cantos de gloria.

III

Estos hechos de amores son causa de la perdición
de la perdiz, que por medio de artificios holgadamente
puede matar el avisado cazador.

—
Marcadas sus querencias
y comederos,
á las inmediaciones
practica un hueco
para ocultarse
á la sutil pupila
de aquellas aves.

—
Al efecto, descuaja,
corta, entreteje,
de las varias malezas
que se le ofrecen,
como tamujos,
marañas y romeros
y otros arbustos.

—
Una estrecha abertura
después proyecta
destinada al servicio
de la escopeta;
cuidando gire
sobre plantas suaves
que no rechinen.